

cuencia produjo las filípicas enderezadas contra el pretoriano. En tamañas arengas el cargo principal asestado sobre la cabeza de Antonio era su esclavitud bajo una mujer dolosa, cruel, vengativa, sensual, causa quizá de todos sus crímenes. El furor de Fulvia contra Cicerón redoblaba naturalmente á medida que la elocuencia del gran orador se redoblaba contra su Antonio. Sesenta y tres años tenía Cicerón cuando pronunció la primera filípica. En ésta no se descubre aún todo cuanto debía estallar en las otras sucesivas, pero ya se adivina lo irreconciliable de su odio al pretoriano y su resolución de sostener á Octavio. La parte principal está consagrada con empeño á discurrir sobre las causas de un viaje que intentó á Grecia por sospechas de la dictadura antoniana y por culto á la república y á la libertad de Roma. Pronunció el orador este discurso el 2 de Septiembre, y Antonio, irritadísimo, reunió el Senado á los pocos días, y allí, sueltos ya todos los frenos, olvidadas todas las consideraciones, movido por su propia rabia sumada con la rabia sugerida por Fulvia, le injurió, le acusó de complicidad con Bruto, de carteos con Casio, de conspiraciones en su contra con los veteranos. Entonces el gran orador produjo la segunda filípica, nunca pronunciada, hecha en sus jardines de Nápoles, y sin embargo considerada por el univer-

sal sentir como la primera entre todas sus arengas y propuesta de modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de sus templanzas en la primera filípica, donde trataba con todo respeto á su enemigo, no obstante haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores, y establecido leyes no presentadas al pueblo, y abolido los auspicios siendo augur, así como la oposición tribunicia siendo cónsul, y rodeándose de odiosos sicarios, y herido entre los vapores del vino y los espasmos del vicio una familia, templo en otro tiempo de la virtud y del honor. Vil gladiador, grosero, falsario, asesino, le llama, y aun le parece muy escasa y muy pálida la sarta horrible de sus crueles adjetivos. Atribúyete con testimonios fehacientes el proyecto de quemar á Roma, destruir la república y degollar todos los ciudadanos. Cicerón se creía de tal modo, tras la ruptura entre Antonio y Octavio, seguro de la república y de la libertad, que defiende la muerte de César diciendo cómo todas las gentes honradas le habrían inmolado, porque si á unos les faltaron los medios, á otros las resoluciones, á muchos la ocasión, á nadie le faltó la voluntad.

En este maravilloso monumento de la palabra humana nos describe al pretoriano en sus relaciones con las mujeres y nos recuerda mil curiosida-

des interesantísimas. Es de ver Antonio en su carreta gala, precedido, como un dios, de lictores coronados, llevando consigo en abierta y despejada litera una cómica, delante de la cual debían prostrarse los ciudadanos más honestos, entre las burlas de una juventud epicúrea, que, borracha, sensual, devorada por todos los vicios, llenaba los aires de dicharachos y de blasfemias. En su horrible ligereza tal hombre no podía ejercer ni siquiera la virtud sino dándole aspecto de aventura. En sus regresos al hogar legítimo, en sus aproximaciones al tálamo que leyes y liturgias consagran, en su comercio y trato con la mujer propia, debe haber algo de teatral, algo de bufón, algo de ridículo que revele al consumado comediante. Vuelve de la guerra y corre á su casa, como si, en vez de habitarla, quisiera conspuirla. Una mañana muy espléndida, en punto de las diez muy dadas, llega por las cercanías de la ciudad al sitio llamado Rocas Coloradas, y se oculta en miserable garito, bebiendo vinos ordinarios, hasta muy entrada la noche. Cuando las tinieblas lo envuelven todo, enmascara su rostro con cuidado, transviste su traje con afectación cómica, toma un carricoche cualquiera y corre á su hogar. Desconocido naturalmente del portero, por inesperado, se vende á su inocencia como correo y emisario de Marco Anto-

nio. Tiempo le faltó al doméstico para franquearle completamente la puerta y conducirlo al gineceo de su ama. Cualquiera que, tras largas ausencias, hubiese visto á la mujer legítima y amada, se arrojará en sus brazos impaciente y le pidiera mil perdones por la treta y el disfraz. Pero este cómico redomado, que tomó la tierra siempre por vastísimo teatro y la vida por complicada comedia, y todos cuantos en la vida encontraba por cómicos y por bufones como él, continúa impávido hasta el fin su bien urdida comedia, y no se delata ni por un gesto, ni por una palabra en su artificioso proceder á los que le querían y no le aguardaban. En su frialdad incomprensible y en su carácter cómico irremediable tiende á la esposa una carta, como pudiera cualquier galán joven allá en el teatro de Pompeyo. La carta está escrita por él, es de su puño y letra y dice toda clase de ternuras y hace toda clase de promesas. La esposa lee aquellas frases, y solloza, y vierte lágrimas, y hace votos por el próximo regreso y por la continua salud, tanto más cuanto que le asegura olvido completo de sus antiguos devaneos y renuncia total á la cómica soez que le acompañaba en aquellas correrías. Cuando la esposa quiere bajarse del tálamo para escribir la respuesta, se descubre Antonio como en cualquier tragedia y se arroja teatralmente á sus pies. Fácil

de imaginar la irritación movida en Fulvia por estas revelaciones comunicadas con aquella elocuencia incomparable á todo el universo. Y si á esto se añade que Cicerón observaba cuánto sufrían la dignidad majestuosa de Roma y la paz general de Italia por semejantes nimiedades domésticas, veránse claras y palpables las causas del horror que á Cicerón tenía Fulvia.

El estado espiritual y social de Roma ofreció nueva ocasión muy pronto á los deseos vivísimos de la dama impúdica. Estudiando las oraciones de Cicerón descúbrense á primera ojeada en ellas cómo la corrupción de su tiempo gangrenaba el pensamiento y el ánimo mismo de un estadista, en quien debían revelarse fuerzas tan espirituales de suyo como la idea y como la palabra, careciendo por completo de fe viva en las virtudes y autoridad de las leyes tan respetadas antes, ó en la fuerza moral de instituciones tan impersonales como las instituciones republicanas. En su combate con el pretoriano Antonio, con aquel fundador de la monarquía militar, no contaba el estadista parlamentario y republicano con el pueblo, idólatra en otro tiempo de la república, ni con el Senado, dispuesto en otro tiempo á contrastar todas las disminuciones de su poder soberano. El pueblo había querido abrasar con las teas desprendidas del brasero donde ardieran los

despojos del dictador la casa de los libertadores, y el Senado había ofrecido á César aras y altares como á Dios, inmolando en ellas algo menos cruento, pero más significativo que las víctimas humanas, los propios poderes y los antiguos derechos. Cicerón, el orador, fiaba, durante su combate con el brutal Antonio, la resurrección de su república y de su libertad nada menos que al hijo de César, al enteco y cruel Octavio. Para vencer á su enemigo divinizaba sin medida, en frases encomiásticas propias de cualquier viejo cortesano retórico, á su amigo, hasta ponerlo en los celajes de una increíble apoteosis, y no se le ocurría en su imprevisión ciega ninguna de estas dos fáciles contingencias: primera, que Octavio le destruyese á él después de haber destruído al pretoriano infame; segunda, que Octavio se pusiese de acuerdo con Antonio para perderlo á él y perder con él todas las instituciones republicanas, tan molestas á la postre para el esposo de Fulvia como para el hijo de César. Y esta última contingencia, fácil de prever, sobrevino. Mientras Cicerón, al ver que Antonio se iba en correrías continuas de Brindis á Módena, recogiendo allí veteranos contra Octavio y peleando aquí en contra de senatoriales como Décimo, en quien libraban sus esperanzas muchos respecto de lo futuro; al ver que Octavio le visitaba

en sus quintas y le requería para que defendiese la vieja tribuna contra el aspirante á la monarquía militar, creyó restaurada la república; y como viera Casio, republicano, en Siria; Bruto, republicano, en Macedonia; Sexto, republicano, en Sicilia; Décimo, republicano, en las Galias cisalpinas; los senadores volviendo por sus derechos; el pueblo aparentemente resucitado por el relámpago de una electricidad fugaz que lo movía y no lo avivaba, se dió con todo su espíritu, y con todo su ánimo, y con todas sus fuerzas, al restablecimiento del régimen republicano, que tomaba en sus últimos días las apariencias de vida tomada por casi todos los moribundos poco antes de su extinción total y muerte definitiva é irremediable. Pero al escuchar ó leer Octavio en la segunda filípica de Cicerón todas las frases referentes á su regreso hacia la forma republicana y todos los loores elocuentísimos al acto de Bruto y Casio, le asaltaron escrúpulos y empezó á propender hacia quienes representaban la tiranía y á huir de quienes representaban la libertad. Y en efecto, mientras Cicerón, á los sesenta y cinco años ya, consumía los últimos esplendores de su elocuencia inextinguible, loando á Octavio y á Lépi-do, estos caudillos, acompañados por sus respectivos partidarios, veteranos y gladiadores, iban-se á una isla fluvial, cerca de Bolonia, y allí se re-

partían el mundo y el ejército romano, alzándose con el Gobierno de la república bajo una forma y una denominación como la forma y la denominación de triunvirato. Pocas escenas históricas tan curiosas, cual aquella representada por los tres infames histriones al avistarse unos con otros en medio del río. Sus respectivos ingenieros habían fabricado los puentes para el paso, no fuera que descuidos ó traiciones los echaran al agua. Las huestes de cada cual ocupaban las vecinas líneas, ignorando si debían ofenderse ó abrazarse. Cuando pasaban por el puente los jefes, dirigióse cada cual á sus sendos amigos recientes, preguntándoles si llevaban ó no armas ó cortes guardados entre los pliegues de sus túnicas. Por fin pasaron los tres sin recelo y se repartieron la tierra en una solemne conferencia, decidiendo vender los amigos que fueran enemigos de los demás y extirpar definitivamente la libertad con la república.

Y mientras tanto Cicerón fulminaba sus frases contra los antonianos todos, no sólo por enemigos de su causa y de sus ideas, sino por enemigos de Octavio. Especialmente con Fulvia estuvo implacable. No puede llevarse más allá la elocuencia humana, y por lo mismo no puede, no, abrirse una más profunda herida en el alma que doliera con tanta intensidad y provocara la sed natural de una pronta

venganza. En la segunda filípica deduce los horrores que caerían sobre Roma con la dominación antoniana del espectáculo dado por el general y su mujer en Brindis, al degollar bajo un techo amigo y hospitalario la gente más valerosa del ejército y la más honrada entre los ciudadanos, gozándose con los estremecimientos de su agonía y recibiendo como una lluvia benéfica en sus rostros el salpiqueo de aquella noble y encendida sangre. Tras llamar á Fulvia y Antonio asesinos los llama también mercaderes, pues dice que salían los privilegios para los reyes y entraban los precios varios de tales dones en las bandejas y en las canastillas de Fulvia. Y no solamente la insulta en su vida de aquellos días, se revuelve contra sus mayores y concluye por cebarse hasta en los huesos de sus muertos. So pretexto de volver por la madre de Octavio, enséñase con el padre de aquella Fulvia, «tan excelente, dice, por lo menos, tan rica y potentada,» con cruel ironía. Cuenta que se llamaba el padre de Fulvia Bambaleón, debiendo tan ridículo apodo á la tartamudez de su lengua y á la cortedad de su inteligencia. Por último, en la quinta de sus arengas contra Marco Antonio llama vil mercado á su hogar, y funda su juicio en que su mujer, más afortunada con los pueblos que con los maridos, saca las provincias para los procónsules y los reinos para los reyes en

almoneda y subastada. No hay para qué decir cómo todas estas acusaciones habrían emponzoñado el ánimo y el pensamiento de Fulvia, resueltos con resolución indeclinable á procurarse por todos los medios el holocausto á sus personas de semejante deslenguado. Y aun estaban tales palabras en los aires cuando ya se habían repartido los triunviros el mundo como tahullas de predio y sus enemigos como cabezas de ganado. ¡Cuán horrible la crueldad concentrada y sistemática de aquellos triunviros! Para borrar sus deudas mataban á los acreedores; para sumar propiedades al propio peculio mataban á los propietarios. Lo más cruel era que, dirigiendo cada cual un partido propio, tenían amigos y deudos, y hasta padres y hermanos en los partidos contrarios. Antonio entregó un tío carnal á Octavio, y Lépido entregó un hermano de padre y madre. Octavio, por su parte, dió á Cicerón, al orador excelso que había puesto los últimos arreboles de aquella elocuencia maravillosa en torno de sus sienes. Hecho esto, como necesitaban pelear con sus tres enemigos, Bruto, Casio y Sexto, en Oriente, resolvieron unánimes no consentir ningún enemigo en Occidente, degollarlos á todos. ¡Oh! Los historiadores cuentan cómo, al darse las sentencias de proscripción, se abrieron las tumbas cual si bostezaran, se oyeron aullar los perros cual

si plañeran con anticipación las agonías de sus amos, se metieron los lobos del Apenino y de la Sabina en el recinto de la Ciudad Eterna husmeando la carnicería, los cuervos ennegrecieron en grandes bandadas con sus siniestros cuerpos las techumbres del templo de la Concordia. Un adivino etrusco, á quien llamaron para interpretar tamaños presagios, columbró venganzas de tal género, que, reteniendo el aliento para no vivir y verlas, cayó muerto de asfixia en el sitio adscrito á los augurios. Un cierto Pedio llevaba las terribles listas de proscripción consigo, y al saber que habían llegado, las gentes sollozaban por las calles y gemían como los habitantes de las laderas del Etna cuando el volcán amaga con sus devastaciones y sus asolamientos. Cuál intensidad no tomaría el terror, que Pedio, joven, muy joven, murió el día posterior al de su llegada, presa de su fatiga y de su remordimiento. Señaláronse las cabezas que debían caer y se dieron salarios previamente presupuestados á los degolladores. Todas las salidas por donde podían los designados escaparse quedaron cerradas; todos los caminos en aquella inmensa planicie quedaron guardados cual si Roma estuviese asediada por un sitio. Imaginaos el perro que husmea la presa y rasca en la madriguera desasosegado por los efluvios que llegan á su olfato; ima-

ginaos la hiena escarbando en los osarios para machacar entre sus dientes los cadáveres; pues peor aspecto presentaban aún por aquellos días esbirros, sicarios, espías y asesinos.

Ruedan por doquier las cabezas segadas del tronco, y por doquier yacen los troncos separados de las cabezas. Hay quien desesperanzado y suicida corre á clavarse con mucho ánimo en el puñal de los inmoladores; pero también hay quien se recata y se refugia en los pozos, en los graneros, en los desvanes, huyendo de la muerte. No hay nada sacro para los proscriptores y los verdugos á la proscripción adscritos. Penetran á bandadas en los aposentos y parecen los venenosos insectos producidos por la corrupción universal. Tras el asesino va el saqueador, tras el saqueador va el incendiario. Imaginaos las noches de aquellos á quienes les dicen conciencia ó memoria que deben aguardar una irrupción de tal género en su casa inscrita sobre los terribles registros de los triunviros. ¡Cómo el instinto de conservación lucharía en ellos con todos los demás instintos, infundiéndoles repugnancia invencible al dolor inminente y á la muerte cierta! ¡Cómo se despedirían de su familia, de su mujer, de sus hijos al anegarse, como una inerte piedra, en el abismo de la eternidad, teniendo que separarse y dividirse tanto sus corazones como sus

vidas! Varios, al saber que llegan los asesinos, se matan; otros los miran llegar con la indiferencia que un buey al carnicero. Muchos cadáveres tienen junto á sí amigos ó deudos que los riegan con sus lágrimas; pero la mayor parte sólo tienen perros y buitres, cual si yacieran tendidos en el desierto y no en las calles de Roma. Un tribuno ha querido reunir la familia en cena de santa despedida, confortándola con palabras de consuelo é infundiéndole su propia serenidad en aquel supremo trance. Pues bien, los centuriones llegan con su faz lívida y su espada en el puño vertiendo sangre. Como todos los allí reunidos se alzarán á una con terror, el jefe de los sicarios mándales reasentarse con prontitud y les dice que no embarecen su oficio y no le desobliguen impidiéndole su deber. Seguidamente coge al padre de familia por el cabello, coloca la cabeza con cuidado sobre los manteles, la siega de un golpe, y llevándosela, déjalos inmóviles, inertes, petrificados en tal manera, que se pasan la noche junto al descabezado cadáver sin atreverse ni á huir ni á respirar siquiera. El buen Apiano consagra páginas y más páginas de sus guerras civiles á contar estos hechos, que compiten por su tristeza y por su miseria con todo cuanto de más horrible y siniestro guarda la pobre humanidad en sus ensangrentados anales. La naturaleza humana parece

haberse perdido y la conciencia universal parece haberse apagado. El corazón, hecho para los afectos que sustentan el fuego de la vida y lo transmiten á cien generaciones, parecía trastocado en órgano de odio y de muerte. Cuando la sangre humeaba por todas partes, cuando los cadáveres insepultos y podridos envenenaban los aires, cuando se veían tan sólo por las calles de Roma perros y buitres llegados al festín que les diera la corruptora y asoladora tiranía, Lépido inventa una fiesta pública y dispone un regocijo universal, declarando reos de muerte á los entristecidos y llorosos. Imaginaos los huérfanos, las viudas, los padres destituídos de su prole y los muchos amenazados de muerte cuán alegres irían á estas festividades invenidas en los refinamientos de una civilización que iba tocando ya en la más desatentada barbarie. Los niños, en su inocencia, en su candor, parecen á todos los tiempos y á todas las generaciones como seres sagrados. Pues en sus listas los pusieron aquellos déspotas, y á muerte los condenaron implacablemente sin piedad alguna. Uno entre tantos celebraba el día de su toga pretexta señalado con familiares alegrías, realizadas con los recursos de la religión y del arte. De pronto, cuando en procesión solemne con sus parientes, y amigos, y familiares, y siervos iba, le anuncian que se halla inscrito en